

FE
O
Y

AUTOCRÍTICA

Y
Ce

Reprimidos e inmersos en una de las sociedades más avanzadas y "ricas" del Capitalismo, soñamos aún con cambiar un sistema fundamentado en la explotación del hombre por el hombre, sostenido por la cosificación de personas y relaciones, un sistema social establecido por la violencia —cuando se necesita desenfrenada— que ejercen las minorías dominantes para preservar sus privilegios.

Mas nuestros sueños por una sociedad libre de opresores y oprimidos aparecen cada vez más lejanos, más ausentes en nuestras actitudes cotidianas. Cada uno encerrado en sí mismo o en su pareja, en sus preocupaciones, en sus ganas o desganos, en sus broncas, en sus quererres. Así pasamos los años, (ya no los días ni los meses) los años, en este "lloro" del exilio y del posible y siempre añorado regreso, metiéndonos o aflorando cada vez con más fuerza en nosotros necesidades, valores, actitudes de una sociedad que dijimos rechazar con nuestro asco más profundo.

A
Q
E
I



Estocolmo, Junio 81, nro 4

Aproximaciones

SUMARIO

Aproximaciones 51

Réquiem por A. Rubio 52

Ariel Fontes, Luces Malas (relato) 53

Adrian Santini, Poemas 54

J.A. Epple, Poesía y prosa 55

Edgardo Mardones, Madame, la luna y otras yerbas diversas (novela en preparación) 57

J. Carlos Piñeyro Poemas del cuaderno Conjugó Vivir 60

Maurice Nadeau Sobre el Surrealismo 62

Edda Ferreira, Dibujo 68



Libros recibidos:

La Ciudad, de Gonzalo Millán (poesía), edit. Maison Culturelle Québec-Amerique Latine, Montreal, Canada, 1979.

Teoría del Circo Pobre, de Hernán Castellano Girón (poesía), Ediciones Cordillera, P.O.Box 4376 Stn.E Ottawa, Ontario, Canada.

Museo de Máscaras, de Javier Lentini (poesía), edit. Lumen, Barcelona.

Cuatro Perros y una Traición de Patricio Padilla (poesía). Tryckeri ab Norden, Malmö, Suecia 1978.

Poesía de Combate (antología) Rep. Popular de Mozambique 1980.

Otras publicaciones

La Bicicleta, nro 8, Calle Anganos 347, Santiago de Chile.

Cuadernos de Granaldea, nros. 1 y 2. Calle José Martí 3345, Montevideo, Uruguay.

Literatura Chilena, creación y crítica, nro. 14. P.O. Box 3013, Hollywood, California 90028, EEUU.

Comunidad, nro. doble 23-24. Box 15 128, 104 64, Stockholm, Suecia

La Lechuza, nro. 1, Kienitzer Strasse 109, Hinterhof 1. 1000, Berlin (west) Alemania.

El Diente Libre, nro. doble, 4-5. Casilla Postal 5094, Nacka, Estocolmo, Suecia.

Hora de POESIA, nro. 13. Virgen de la Salud 78, Barcelona 24, España.

Primer cuaderno de poesía chilena, Ediciones Cordillera, Canadá, 1980.

Horizontes de Integración, Centro cultural euro-latinoamericano. Place de la Treille, 91350, Grigny, Francia.

Intihuatana, nro 1, Rinkebysv. 65/004, 163 74, Spånga, Suecia.

Franja nro 6, 32 rue du Gouvernement Provisoire-1000, Bruselas, Bélgica.



hoy y aquí

estocolmo 81



ana maría beaulieu, leonardo lobos, edgardo mardones y j. carlos piñeyro, integran el equipo responsable de esta publicación, que cuenta con el apoyo solidario de otros compañeros.

diagramación y diseño gráfico: ana maría beaulieu

Envíos, correspondencia: Ana María Beaulieu, Storholmsbackarna 88, 4 tr, 127 43 Skärholmen, Suecia.

Giro Postal nro 98 57 10-3

El exilio con sus desgarramientos y frustraciones, nuestros antecedentes con sus insuficiencias y derrotas, nos van empujando, separando, reuniendo y volviendo a separar. Nos vemos y vemos a otros —individuos y grupos— desorientados y desubicados. Para muchos el cambio de hemisferio apuró la desorientación. Los nortes que guiaban sus acciones apuntaban en otras direcciones a las que creían dirigirse. De alguna manera no lo sabían, la "línea" siempre las han decidido las direcciones.

Identidad en la Crisis, COMUNIDAD nro. 12, pág 4

Buscando los caminos que permitan cambiar nuestras vidas como seres creadores y no como seres pasivos, es que elaboramos las Aproximaciones de este número, conscientes de que en esos caminos, al recorrerlos, caemos y caeremos una y otra vez en contradicciones, mas, como lo dijimos ya anteriormente, es apoyándonos unos a otros y otros a uno que las podremos asumir y superar.



No queremos elegirnos consumidores y autoalimentarnos con la apatía o la indiferencia, con la esperanza depositada en un futuro, o con el fácil conformismo de los "imposibles".

No queremos aceptar ser meros espectadores en un mundo diseñado por y para beneficio de los opresores de nuestra existencia.

Es cierto que aún estamos vivos. Por esto nos preguntamos *por qué?, cómo, para qué?*. Qué valor que qué sentido le estamos dando a nuestras vidas?

Nos han diseñado una cárcel con barrotes de oro que no siempre se ven y bien guardada poseemos la llave que nos atomiza y nos aísla en nuestros celdarios llamados "viviendas", ghettos o sectas de partido con pretensiones revolucionarias. Y repetimos un lenguaje y una forma de relación acorde al patrón social impuesto. (El verbo **comprar** debe ser el más utilizado por cada uno de nosotros en nuestras charlas cotidianas).

En la medida que cuestionemos una serie de valores y de actitudes, esta vida tal como nos imponen vivirla, carecerá de sentido. La posibilidad del cambio está en nosotros. Este poder concreto de ir transformando nuestra existencia nos pertenece. Sólo que nos lo han expropiado transitoriamente. Es preciso enfrentar un medio hostil que nos empuja hacia la pasividad y el consumo, es preciso, pensamos, luchar contra aspectos de nosotros mismos, contra "necesidades" superfluas que nos aferran al sistema de valores de la sociedad burguesa.

Decidir sobre nuestras vidas, darle sentido asumiendo todos los planos posibles de la búsqueda y de la creación.

Dejar de ser sobrevivientes para intentar vivir en plenitud. Esta es nuestra búsqueda. Que no busquemos ni nos importa ser "reconocidos" o "considerados" artistas. Si escribimos o pintamos o hacemos fotografía es por "vicio", por una necesidad interior y también a veces por placer, pero no por "oficio", nunca por "profesión".

Somos **amateurs** y nuestra primera condición es la de sabernos explotados y dominados social, política, ideológica y económicamente. Por eso elegimos la marginalidad, porque no queremos ser ni partícipes ni cómplices "culturales" de una estructura social que fragmenta y degrada nuestra vida y nos condena a ser objetos de y del consumo y la dependencia ↵

RÉQUIEM POR ARMANDO RUBIO*

Querido Armando:

No alcanzamos a llegar, ni tampoco a encontrarnos y beber del vino, ése, el que secretamente germina en las venas, vino de la vieja parra. Pero pervives Armando, tu poesía nos abriga un poco de estos fríos, rompe la distancia, estamos juntos.

PRESENTACION PERSONAL

Yo no soy el viento ni la playa,
ni la ola que brama
ni la mano que implora.

Yo no soy nada:
nada más que esta cédula de identidad
que hasta el más ingenuo policía pone en duda

No lo digo por mí,
sino por el retrato que me hicieron.

EL AZAR Y LA NECESIDAD

El hombre es cóncavo, fortuito, necesario.
Y nace solo, en lo oscuro y lo redondo.

Nada que hacerle:
el hombre nace torpe, intransigente
en su láctea condición, subordinado
al insípido pesón que se le ofrece.

El hombre llora y hace gestos,
quien le mueve, es el tiempo.

El hombre es un niño despechado,
sorprendido de pie por sus zapatos.

Entonces toma nota de su sexo,
certifica su origen y crece
mansamente, y reservado,
y muy cordial, y precavido, y suficiente:

El hombre mira, y se enamora.
El hombre sueña, y edifica.
Y rueda por los días como una rara paloma.

El hombre se arrodilla, se persigna,
se cruza de piernas, se convence
definitivamente
de un dolor ignoto que el mueve.

Como animal oscuro y redondo,
pone muros, puerta piedras,
y se empecina en su fiesta y suma
y acumula, y mira en frente, siempre,
sin hallar el punto que le duele

Al final la verdad es una sola:
el hombre nace, crece y se evapora.

A. Rubio

*Desde Santiago Ricardo Wilson nos comunicó tu muerte, registrada en forma seca y escueta por la prensa diaria: "En forma trágica falleció el joven poeta Armando Rubio al caer desde el sexto piso del edificio ubicado en..."



Ariel Fontes Mora

Luces malas

El Mota siempre tenía la manía de perseguir luces malas. Qué cristiano esperanzau en volverse rico! Siempre decía: "Donde hay luces malas, hay oro". Tenía a la pobre mujer con el corazón en la boca. Ella le decía: "A vos Mota, un día te va a pasar una desgracia..."

—Qué me va a pasar mujer...si no es así, nunca pero nunca, trabajando de sol a sol como un burro, vamo a salir de la miseria.

El viejo Don Paco, hombre muy madrugador, le tenía un odio crónico, porque varias veces al ir a alambrar, muy de mañanita se le iba el caballo de cabeza, dándose el pobre viejo, tamaño golpe. Y al levantarse y ver la causa de la rodada, encontraba semejante pozo, donde ayer era terreno plano.

Don Paco maldecía al Mota porque ya sabía que era el único desorejao buscador de luces malas.

La última luz mala que encontró fue en una mañana lluviosa. Pobre Mota!

Entró al rancho resollando como burro de tumbero.

—Dame el pico de paleta ancha—le dijo a Doña Clotilde y agarrando pico y pala salió como endemoniau, mientras la mujer de atrás le gritaba:

—Cuidau Mota, cuidau!

Iba costeando el monte y en una alturita del terreno... semejante y preciosa luz mala, como nunca había visto todavía.

Se arrimó sigiloso y rápido empezó a meterle pico. Porque él decía que a la luz mala hay que atacarla de golpe, ganarle por sorpresa pa que se meta donde está el oro.

Pobre Mota!, quedó mocho, es decir sin bigote, sin pelo ni pestañas y negra la cara y las manos.

Valga que era de día cuando llegó de vuelta al rancho, que sinó la pobre mujer, Doña Clotilde, hubiera sido capaz de enloquecer al verle. Así mismo se llevó semejante julepe.

A las ocho de la mañana cuando vino el ingeniero de la arenera, encontró todo paralizado. "Se cortó la luz", le dijo uno del personal. Y salieron a encontrar el defecto. Como a media mañana dieron con un cortocicuito en un cable de alta tensión.

Y cosa rara: ahí justito había un pico y una pala. Parece que alguien había querido arreglarlo. "Qué abombau!" — pensaron los de la arenera, — capaz de quedar pegau!"

El Mota habló como a la semana.

Le dijo a Doña Clotilde que la luz le había recorrido todo el cuerpo. "Mala como ninguna"! Peliando duro se había podido escapar que si nó ni pa contarle mujer..."

Desde entonces quedó con tanto miedo a las luces, que cuando su mujer encendía el farol, tenía que avisarle con anticipación y muy despacito.

Que si lo agarraba de sorpresa "el golpe de lú" — como él decía— lo desmayaba ☞

Ariel Fontes Mora nació en la ciudad de San José en 1932. Actualmente vive en Växjö.

EL ÚLTIMO VIAJE

Lento.
 Desarmándose en crujidos,
 y perdido en el esfuerzo
 de coleccionar el rumbo,
 porque hasta ahora
 no vino la llegada
 a dictaminar su origen
 macilento,
 y porque nadie
 descubrió los brazos
 de la abscisa
 cuando confundía
 su temor
 hasta hacerse invisible,
 (como todas las tardes
 hacia el puerto...)

Por eso, lento,
 sin rosas de viento,
 ni rosas de piedra,
 sin la prisa atolondrada
 de los que apuran sus términos,
 levantando hornacinas
 a la vieja agonía.

Así va este barco,
 vagabundo
 encanecido,
 cargando con el moho
 de agobiantes dolores;
 apuñalando el agua
 buscando en ese vientre
 sórdido,
 el talismán perdido
 de las horas...

APROXIMACIONES

En qué silencio húmedo
 hablaremos de vuelta...
 o es que bajo la tierra
 nuestra oración insomne
 recompondrá el sudario
 con que a la nada entregue
 su rendida osamenta?

CAZADOR

Soy otra vez el lobo que comienza a cercarte
 con la piel renovada
 y sus mal aprendidas reglas de cortesía.
 No debería reincidir, no debería
 abandonar esta vez la madriguera
 el invierno se presiente más duro cada año
 y la nieve y el viento me borrarán las huellas
 haciéndome deambular de nuevo por las calles
 dando diente con diente.

Pero vuelvo a rondar, afirmando los pasos,
 animal de preguntas indiscretas,
 precario cazador que lame sus heridas
 anticipadamente
 mira aquí y allá con el rabillo del ojo
 y empieza a oler tu piel
 aullándote su idioma.

NIDOS DE ANTAÑO

Sólo eso me dijo, sonriendo y mirando con envidia, con nostalgia o resignación, no sé, cómo reunía mis cosas y separaba lo que podría servirle, una manta, el juego de ajedrez trabajado en hueso, la lata de Nescafé, un poco atolondrado por el apuro del sargento. Si sales de este infierno, de vez en cuando tómame un trago a mi salud. Nada más dijo. Ni un recado, ni un consejo, ninguna alusión a esas largas conversaciones que podíamos susurrar en la noche, cuando la guardia se dormía y los compañeros solían hacer planes, discutir y ordenar las noticias fragmentarias que llegaban al campo de prisioneros o tenderse a soñar sus sueños, pero siempre sobresaltados por la próxima llegada del camión que venía a buscar a alguien para interrogarlo, dejándonos a todos con la zozobra de no saber si el compañero volvería y en qué condiciones, guardándole aunque fuera un poco de agua caliente para reanimarlo. Una sonrisa, de esas que uno acomoda cuando alguien llega o parte, y de vez en cuando un trago a mi salud. Entonces creí que lo echaba a broma, como invitándome a olvidar la experiencia de esos meses que sólo nosotros podremos imaginar. Al poco tiempo debí salir del país, por Argentina, allí pasé otras pellejerías y luego vine a dar a este lugar, siempre solo. A veces converso con alguna gente, y es difícil entenderse en otro idioma. Gente que se encuentra en un bar, así al paso, como usted.

CED InCI

Madame, la luna y otras yerbas diversas II *

Entreabres los párpados. Pareciera que todo sigue igual. Las máquinas ahí sobre tu cabeza con sus grandes ojos de vidrio, observándote. Pero no. Han remozado un poco el paisaje. Sobre una repisa entre frascos de remedios y gasas han colocado un florero de colores chillones. Las flores miradas así al pasar se ven naturales y frescas. Sin embargo son de plástico, incluido el florero. A los pies de tu cama una enfermera sentada en un sillón, teje. A cada tanto te vigila, aprovechando el cambio de palillo. Del tiempo ni idea. Podrías intentar hacerle una señal entablar aunque sea un mínimo diálogo de mudos. Preguntarle si el sueter que ella teje es para tí, para cuando tu convalecencia, para cuando el regreso. Pero ciertamente no hay quórum fuerzas. Y te parece que es tragicómico confirmarse de pronto definitivamente trastocado, auto-expulsado de la por ejemplo aparente y tranquila realidad de enfermera sentada en sillón teje que teje con candidez de noviecita enamorada un sueter para el novio del alma. Por otro lado habría que comenzar a explicarse todo este descolorido barullo, lamentable y confusa situación a la que has llegado. Podrías comenzar cuando a raíz de tu ofuscación e ira te empecinaste en atacar a Miria, esgrimiendo ingenuamente a la pierna como arma, buscando que Miria y sus amigos vieran y sintieran tu pierna tal como tú la estabas viendo y sintiendo, hinchadísima y con aperturas en constante supuración, insistiendo tú con rencor, al comprobar que Miria y sus amigos no intentaban siquiera trazar algún paralelo, que por el contrario, no entendían un ápice, o lo peor, no querían entender, en mostrarles las llagas a flor de piel.

—Este es redondamente un delirante metafóricosicosomático—, había dicho Miria como único comentario, seguida por la respectiva carcajada general de sus amigos. Claro, había sido estúpido por parte tuya plantear, entre otras cosas, que tal vez toda esta ancha y redonda tierra sólo era una metáfora. Una metáfora imaginada por alguien, que por supuesto no era Dios, tan mortal de carne y hueso como nosotros, y continuaba posteriormente por los infaltables continuadores y brujos y preservadores de siempre. Una metáfora estafa. La gran mentira de todos los tiempos. Metaforita que porfiadamente se insistía en mantener dándole sucesivos toques renovadores y modernos . pero sin ir al meollo del asunto, y qué ya estaba bueno, qué había que acabarla, que a la metaforita ya era tiempo de mandarla a los cuarteles de invierno. O es que íbamos a seguir con el mismo versito, con la misma musiquita en el siglo veintiuno? Había sido a esa altura de tu discurso que tú habías constatado que Miria y sus amigos se habían repartido por los cuatro rincones de la habitación , tú te hallabas al centro, comenzando a lanzar carcajadas y gesticulando obscenidades. Todo esto por supuesto dirigido a tí. Pero de toda la burda situación lo que más te había dolido había sido la risita irónica y contenida de un Harry-Muñoz , atrincherado en la habitación contigua, qué, quién por lo menos habría podido mantener una discreta neutralidad, una ínfima solidaridad, si se pensaba que tú habías sido el único que había hecho un comentario más o menos afortunado respecto de la película que Harry-Muñoz acababa de proyectar. Película que en el lapso de una hora mostraba invariablemente como única escena: Olas de Mar desembocando en la Playa. La filmación Harry-Muñoz la había rodado a distintas horas del día, básicamente a la madrugada, mediodía y crepúsculo. Una vez finalizada la proyección se había producido un silencio embarazoso que tú habías roto con un escueto:

—Se parece a la eternidad.

—Exacto!—, exclamó Harry-Muñoz, acariciándose el bigote, como convenciéndose a sí mismo de que sí, de que era éso precisamente lo que él había pensado filmar.

*Fragmento de novela en preparación



EL MARINO QUE VA CONTIGO

Ni oráculo llamado a sentarse
a la diestra de los dioses
para roer con desgano los huesos del banquete
ni exiliado absoluto que recorre furtivo
los mismos muelles, soñando
con el barco que se ha ido,
simple sobreviviente
que aprendió a respirar por la herida de otros,
marino de agua dulce
cuyo único compromiso
fue besar a la muerte y descubrir fugazmente
ese guiño culpable en las cuencas de sus ojos,
gitano experto en el viejo arte
de rehacerse la suerte
soy tu viudo a destiempo
es decir, soy el único
que aún puede serte fiel:
tú que cambias de nombre.

PASAPORTE

Nosotros, turistas que oficiamos
esa pasión un tanto vergonzante
pero pasión al fin: la sobrevida
tránsfugas orgullosos del lenguaje de la tribu
esa vieja moneda que cambiamos de mano
o dejamos escondida
cuando vamos sin prisa por las calles
olemos en el aire el anuncio engañoso
de otra primavera
y como las palomas, trotamos hasta el parque
para hojear con pericia los últimos periódicos
y en otro idioma que apenas entendemos
buscamos noticias de un país que cada día se aleja
hacia las últimas páginas.
Entonces regresamos a la casa
con un poco de frío en las mejillas.

Juan Armando Epple nació en la ciudad de Valdivia. Actualmente vive en Oregon y pertenece al comité editorial de la revista Literatura Chilena en el Exilio.

—Éso, éso es, usted lo dice, mi amigo!—, concluyó con voz rotunda, exhalando un consabido y profundo suspiro del más pleno de los orgasmos.

A todo esto Miria y sus amigos se habían mirado entre ellos larga y preguntadoramente, comenzando el juego de impostar una seriedad mentirosa de quién se pregunta dónde en esa hora de olas, mar y playa húmeda, estaba la tan mentada eternidad. Y como solía suceder en casos de índole no entendida, Miria y sus amigos sacaban rápidamente a colación temas de papas o arroz o alguna polenta por el estilo. Entonces tú, sin tomar nota de la reciente y demostrada estrechez imaginativa de Miria y sus amigos, habías comenzado con la historia, o valcesito, como lo bautizara uno de los amigos desencadenándose el resto: burlas, epítetos, aislamiento, carcajadas y obscenidades, tu ofuscación e ira, la pataleta, ante lo que te parecía era una forma de extremaunción vulgar y barata, sobretodo de parte de Miria, a quién tú mal que mal, incluso a pesar de su solapado snobismo cíclico, Harry-Muñoz era una muestra, tú le tenías a ella su poquitín de afecto, soliendo hacer el amor con ella de cuando en cuando, con imprevistas confesiones de alca-ba, de las que más tarde renegabas furiosamente, susurrando en su oído cosas como, "eres flaca, requetecontra esquelética y fea, pero real", en el momento en que separando los cuerpos se dejaban ganar por la reconfortante tregua del relax pos-orgásmico; "pero también es tu flacura razón y dolor de mi desencanto y desdicha", concluías, abandonándote en el breve sueño posterior al relax. Y había sido finalizada la burda, te crece nuevamente la ira, extremaunción, que a tí te había sobrevenido el shock-patalénsis. Sientes los ojos de la enfermera, vigilantes, piensas que es cambio de palillo, que enseguida vuelve al sueter, pero no, sus ojos te siguen vigilando, de seguro me sulfuré y la cama se habrá sacudido violentamente, y la enfermera estará pensando en que tal vez inyección. Pero la tranquilidad retorna a la cama. La enfermera al sueter. Y había entonces provenido en el momento en que Miria había dejado de ser Miria metamorfoseándose en la vieja y conocida Madame, Señora y Luna de tus dolores, que desde siempre te había penado.

Ella te mira y estudia larga y neutralmente, después inventa un bostezo y estira el cuerpo desnudo, lo recuesta sobre las sábanas. Y tú por primera vez tomas conciencia de ese cuerpo, recorriendo lento sus líneas: tiernas, hondonadas insinuándose desde las caderas perdiéndose en un frondoso monte de venus, muslos anchos y carnales que dejan entrever un cañadón sin fondo, o esas arrugas que van multiplicándose a la altura exacta del vientre, "no tenga temor, mi amor", te dijo ella, cuando tú frunciste el ceño comenzando a tragar rápido saliva porque ella te estaba pidiendo que tú se las besaras, que se las fueras humedeciendo precisamente con esa saliva tuya, fresca, abono revitalizador, mi amor". Los senos cuelgan como banderines desteñidos, Los mismos que en un pasado remoto fueran firmes y robustos, ganadores de cuanto concurso hubiera. Senos imaginados para competir en futuros torneos a efectuarse en la Luna o Marte, realizándose para ello lo habido y por haber, con el único propósito de encontrar en el cósmos, por lo menos una que se le asemejara, que tuviera tamaños senos, tamaño capacidad de parir y amamantar, sin por ello perder en nada la hermosura de su forma. Poetas, músicos y pintores, compusieron, inspirados como nunca objeto alguno hubiera estremecido sus corazones, las más variadas obras de todo tipo y gustos, clásicas-polares, románticas-tropicales, modernas depresivas, claro signo éstas últimas de su lento deterioro. Sin embargo ni artista ni filósofo logró descifrar esa selva enrevesada de su monte de venus, ni la generosidad de sus senos. Senos que tú recibes en su decrepitud, desgastados por el tiempo y uso indebido y desmesurado que se hizo, porque no sólo se contentaron de que la leche cayera por el hoyuelo natural del pezón, sino que a tajo limpio cercenaron sus vasos comunicantes, abrieron canales, montaron finalmente modernos grifos de extracción automática.

Te descompone, más que tu relación con ella, ficción o real (Ella es como la otra cara de la luna, la que no vemos, pero que presentimos) los muebles con los que ella ha ido decorando su casa. Mezcla desordenada y sin gusto de muebles de todas las épocas, terriblemente desvencijados, con parches por ahí, una reparación a la ligera por allá, gastados. Sin embargo pese incluso a la humedad y olor musgoso que emana de cada rincón de la casa y que a tí te produce profundos ahogos, regresas a ella, sigues en

ella, dejándote engatusar sin fuerzas como para decirle que ella es una Madame de mierda, arteriosclerótica. Porque cuando tú intentas pronunciar alguna palabra hiriente, ejecutar alguna acción de clara rebeldía, te invade el ahogo. Entonces es ella quien entra a manejar la situación, ella la que te acomoda en un sofá abriendo puertas y ventanas, hace funcionar el aire acondicionado. Después te prepara unguentos de rosas o magnolias, de jazmín o margarita, y mientras te hace beber sus bebidas mágicas suele cantarte nanas o recitarte cosas como: "Margarita está linda la mar y el viento trae esencia sutil de azahar".

"Primero te fumái una pipa, después un pucho, y ya está en onda, gallo". Y es sensacional, ya no más angustia por el catre medieval donde siempre está esperando Madame, ansiosa, con piernas abiertas, sonriéndote perversamente, insaciable, se precisa solo un pucho gordo de mariguana, un cigarrillo no más, y ya estás posesionado de la cómoda confianza, esa arizca seguridad en tí mismo. Los muebles no molestan para nada, el olor musgoso no se huele, el ahogo es cosa del pasado. Todo es descuevemente alucinante. Puedes ir hasta el catre y hacer el amor con ella, en un dos por tres, deportivamente. O colocando tu nariz bajo los senos, hacerle mimos de, "mira si estos banderines desgajados me quedan a la pinta como bigotes".

Y es en la primavera del 68 en que tú, apertrechado de voluntad y ayuda moral de un Tío lejano, llegas hasta donde ella, sobrio e inédito, diciéndole con voz calmada que ella se esté tranquila, que tú quieres concretar un numerito. Y entonces cual mago de abra-calabra extraes de la manga de tu chaqueta una cuerda finita que amarras de ambos extremos del catre, tensándola a más no dar. Que abra las piernas, le dices tú, definitivo, con tus pies en la cuerda, ganando equilibrio, "ay, tú sabes que me gusta a ojos abiertos", responde ella con mohín de niña caprichosa. "Como quieras", concluyes tú, y comienzas lentamente a deslizarte por la cuerda floja. Finalmente, con las dificultades propias de la poca experiencia, llegas al centro de la cuerda, tomas aliento, despliegas a más no poder tus brazos, ateteas un par de veces, como probando las articulaciones, entonces elevas tu cuerpo en un salto descomunal tanzándote con todas las fuerzas mi alma sobre una Madame perpleja, con tamaños ojos de esto no puede ser, penetrándola más allá de todo lo previsto. Debido al impacto ella sufre un shock de mediana gravedad y la fractura del dedo gordo del pie derecho. Lo más grave es que debido a la penetración, de características radicales y profundas, ella debe permanecer por algún tiempo con las piernas abiertas y en absoluto reposo. Parientes, amigos y socios de Madame, que nunca le faltan, se movilizan y te recluyen a pan y agua a la más oscura y amarga de las soledades.

Miria boceto y vocero de Madame. Miria diciendo y haciendo exactamente lo que Madame desde la más recóndita clandestinidad del sub-consciente dicta. Una Miria con grandes ojos abiertos preguntando por qué tú de improviso la has bautizado con el nombre de Madame. Pero ya a esa altura no cabía explicación posible. Miria no estaba en condiciones de entender. Miria ya no era Miria. Miria era Madame. Madame saliendo en defensa de "su" realidad real, flaca, chata y absurda, según tú. Realidad confeccionada a corte y medida de sastre por un cardúmen de ideas, preceptos y casillas, absolutamente anacrónicas. Pura paja. Paja, ahí estaba lo dramático del asunto, que tristemente era yerba fresca, vigencia, en la cabeza de Miria. Ahí estaba el rol de Madame. Madame como mamá, como luna, dueña y señora, reinando en cada uno del gran total de todos los civilizados contemporáneos ciudadanos de nuestros días. Descubrirla dependía del mayor o menor grado de curiosidad ciudadana, o en el mejor de los casos por un descolocamiento respecto a ella. Cosa grave era que de ella y sus malignos influjos no se salvaba nadie, ni moros ni cristianos.

De ahí la total imposibilidad de que Miria y sus amigos, incondicionales a una Madame existencia de a peso, pudieran imaginar la metáfora que tú habías elegido para graficar tu vago y ambiguo estado espiritual. No. No había sido metáfora astuta entendida, alma como una pierna en descomposición, dislocada, sin dioses ni brujos que pudieran socorrerla, todos muertos, solo Madame de a peso ahí frente a tí riendo victoriosa en cada carcajada de Miria, en cada obscenidad de sus amigos. Solo te queda el recuerdo de haber pensado, "los hechos me rebalzan", y a lo lejos una sirena de ambulancia, y ahora en esta habitación con enfermera teje que teje, vigilándome a cada cambio de palillo

*Cuesta sí, persistir en la tarea
en el duro ejercicio de ser hombre
y de cantar a un tiempo que nos ciega*

Walter Ortiz y Ayala

CONJUGO VIVIR

a Nadia

I

Hacia árboles que semejan algodonaes
donde pupila no alcanza
horizonte ni mar
sino piedra, sino espesura

Abierto a dédalos se alza mi cuerpo
y conjuga —no recita—
conjuga otra vez verbos

Para vivir, que a vivir están
condenadas voces que le sustentan

Y a amar y a cantar,
si concebidas en dolor, a cantar
están condenadas voces que le sustentan.

II

Hube de ir
hurgar en mi cartera
obligarme a ejercer de pesquizante
en pacífica vocal sorprenderme
caer, caer en acentos
en afilados noes
y en café, en humo ajeno
extraer la voz
que entre pausa y estipendios
cuadricula el silencio

Desde pan ulceroso
contra-luz que me cega
(y apura la Esperanza)
hube de ir, índice bronco
descifrando vocablo
a vocablo en mi puestos
en mí estampados
de mí *quépena* llenos

Mas hube de ir todo yo
mi cuerpo todo en palabra
o de otro apenas mueca fui
maculatura o peor aún: des-hecho.

2
a

CeDInC

5
e

l
e

III

Si encontrases una risa aquí
entre tanto papel y folio
y letra y orden y limpieza
si hallares una así pequeñita, te la robarías!

Y tu que no juras no lloras
que eres malo de maldad pura, social, humana
serías un rato bueno
y te irías de este redondo día
juro que te irías (no sé si a llorar)
pero te irías con el amigo aquel
que no era marino pero en la mar,
atadas las manos,
quemados los pies, los testículos
alla, entre uruguay y argentina
nos lo enterraron vivo

Por eso digo que si hallares aquí
entre estas horas precisas
una risa así pequeñita, perdida,
seguro, seguro que te la robarías!

IV

Sufre vejación niega corre
y así en desiguales perímetros
le asaltan diurnos menesteres
y escribe contra nuncas

o eslabonados paréntesis
(y no alcanza a quererle Vida
en tanto prolijo segundo
que llega hambriento y muerde)

Sería —piensa— pararse y ponerle
un algo, el húmero o el radio
un **vamos!** o aunque sea
el definitivo naufragio

que canta contra el posible estar solo
destruye *cuandos* para ensayar *quieros*
voz quebrada en el ritmo y en el verso
ya materia, hembra dice por decir *vida* quiere
(pero sufre vejación niega corre
la vida y no puede ya solo)

V

doblóse la muerte sobre mi vida
bebió bebió hasta hartarse hasta ser
una pobre máscara una sola
única presencia capaz de asombro
capaz de morir de vida conmigo
si yo y tu del tu y yo al nosotros vamos
y animate y vé desvístele tómale
aunque el meñique o cordón de zapato
sea, confirma uno multiplicado
que no duerma en sollozo que no tomen
de cuchara viuda el arroz sus labios
que del tu y del yo al plural vayamos
niño con hombre con mujer y niño
con niño al juego de vivir vayamos

Entre 1918 y 1940 el surrealismo ha sido contemporáneo de acontecimientos sociales, políticos, científicos y filosóficos de importancia fundamental. Algunos han dejado con fuerza su huella en él, pero a otros les ha dado su propio color. Nacido en París, de una decena de hombres, no se ha limitado a Francia, sino que ha extendido su alcance a las antípodas. Lejos de ser una capillita artística parisina, ha tenido adeptos e influido sobre hombres en Inglaterra, Bélgica, España, Suiza, Alemania, Checoslovaquia, Yugoslavia e incluso en los demás continentes: África, Asia (Japón) y América (México, Brasil y los Estados Unidos). En la Exposición internacional del Surrealismo celebrada en París (enero-febrero de 1938) estaban representados catorce países. El surrealismo había roto los marcos nacionales del arte. Sobrevolaba las fronteras. Ningún movimiento artístico anterior, incluido el romanticismo, había tenido una influencia y un auditorio internacionales semejantes. El surrealismo ha sido el alimento exquisito de los mejores artistas de cada país, el reflejo de una época que también en el plano artístico había de considerar sus problemas a escala de todo el orbe.

Sin embargo, sería erróneo creer que un movimiento de esta amplitud ha sido el fruto de unos cuantos cerebros aislados. El auditorio que ha obtenido, la admiración y el odio que ha suscitado, prueban que respondía a necesidades y aspiraciones ciertamente eternas pero que cobraron particular agudeza en la época que lo vio nacer. Le precedieron, por otra parte, el cubismo, el futurismo y el movimiento Dada. Las cabezas del surrealismo —Aragon, Breton, Éluard, Péret— constituyeron incluso el grupo Dada francés hasta 1922, y Dada, en particular, no puede explicarse si se olvida que nació en plena guerra, en 1916; que se extendió como un reguero de pólvora por la Alemania vencida de 1918, para alcanzar finalmente a la Francia exangüe de los años 1919-1920.

En el momento del armisticio (1918) la situación social y política de Europa es excepcional. Muy en teoría, hay dos campos: el de los vencedores y el de los vencidos; pero los primeros se hallan en una situación de privación apenas menor que la de los segundos. Privación no sólo material sino total, y que plantea ya, tras cuatro años de matanzas y destrucciones de toda especie, la cuestión de la confianza en el régimen. ¡Cómo no! ¿Semejante despliegue de medios gigantescos para acabar en una rectificación de fronteras, en la conquista de nuevos mercados para unos, en la pérdida de ellos para otros, en el robo de colonias ya robadas? Esta desproporción entre los medios y los fines aparece claramente como la insania del sistema. Un régimen, incapaz de disciplinar sus fuerzas como no sea para utilizarlas en el cercenamiento y la destrucción del hombre, ha entrado en quiebra. Quiebra también de las élites que en todos los países prestan su aplauso a la matanza generalizada, afanándose por

Tomado de *Historia del Surrealismo*, cap. 1, editorial Ariel, Barcelona, España.

medidas capaces de hacerla durar. Quiebra de la ciencia, cuyos mejores descubrimientos residen en la nueva calidad de un explosivo o en el perfeccionamiento de una máquina de matar cualquiera. Quiebra de las filosofías, que en el hombre no ven más que un uniforme y se ingenian por darle justificaciones para que no se avergüence del oficio que se le obliga a desempeñar. Quiebra del arte, que ya no sirve más que para proponer el mejor camuflaje; de la literatura, simple apéndice del parte militar. Quiebra universal de una civilización que se vuelve contra sí y se devora a sí misma.

¿Se hubiera podido soportar que, en medio de este cataclismo, la poesía continuara con su ronroneo; que unos hombres que habían vivido la pesadilla nos hablaran de la belleza de las rosas y de las «hojas del árbol»? Breton, Éluard, Aragon, Péret y Soupault quedaron profundamente marcados por la guerra. Salen de ella asqueados; no quieren tener nada en común con una civilización que ha perdido su razón de ser, y el nihilismo radical que les anima no se extiende únicamente al arte, sino a todas las manifestaciones de esta civilización. Pues esta sociedad que les ha enviado alegremente a la muerte les espera al regreso, si escapan a ella, con sus leyes, su moral y sus religiones. Diez años después, refiriéndose a esta época, Breton, dando tal vez a sus ideas sobre el armisticio más claridad de la que habían tenido, decía:

«Declaro que lo que la actitud surrealista ha tenido en común al principio con la de Lautréamont y Rimbaud, y lo que ha encadenado nuestro destino al suyo de una vez para siempre, es el DERROTISMO de la guerra»; y añade: «A nuestro modo de ver, sólo quedaba lugar para una revolución que se extendiera realmente a todos los terrenos, inverosímilmente radical, extremadamente represiva...» Y, más adelante: «De ignorarse esta actitud, creo que es absolutamente imposible hacerse una idea de la empresa surrealista. Y solamente esta actitud da suficiente cuenta de todos los excesos que se nos pueden atribuir, pero que sólo cabe lamentar si se supone gratuitamente que nuestro punto de partida podía haber sido distinto.»¹

He aquí unas palabras nada equívocas que explican la alegría con que Breton y sus amigos se precipitan en Dada, empresa sin precedentes de destrucción de todos los valores tradicionales y réplica ineficaz a las labores de restauración de los diplomáticos internacionales reunidos en el París de la Conferencia de la Paz.

Pues 1920, efectivamente, es el año de la firma de los últimos tratados de paz, el comienzo de la liquidación de la guerra. El mundo capitalista inicia una nueva estabilización, enteramente provisional por lo demás. Los problemas para cuya resolución se ha producido la carnicería de cuatro años de guerra no han sido resueltos y todo el mundo lo advierte. En la parte oriental del continente ha nacido una civilización nueva, fundada en valores nuevos, y esta civilización goza de un prestigio inmenso a ojos de quienes

«no tienen nada que perder» y lo pueden ganar todo con el cambio. Allá, al otro lado del *cordon sanitaire* de Clemenceau, hay hombres que tratan de vivir una vida distinta, mientras que los combatientes de Occidente van a caer de nuevo en un desorden que conocen muy bien. ¿Cómo puede sorprender que se sientan frustrados en sus aspiraciones, que los mejores cobren consciencia del engaño de que han sido víctimas?

La máquina, con la reparación de algunos engranajes, vuelve a girar otra vez. Hay chirridos, desajustes: movimientos revolucionarios más o menos por todas partes. Pero el cambio esperado, de todas maneras, no tendrá lugar. Los amos han sabido detenerse a tiempo y, llegado el momento, intercambiar buenos oficios para hacer entrar en razón a «los de abajo». Aborta así una revolución portentosa que se había vuelto necesaria desde hacía años.

Apaciguados los que han salido indemnes, cicatrizadas las heridas, reedificadas las ruinas —pero no sin choques, sin riesgos de toda especie—, el régimen puede creer que se abre ante él una nueva era de prosperidad. Las masas subalimentadas, privadas de la satisfacción de las necesidades más elementales durante largos años, se convierten en consumidoras ávidas, de deseos acrecentados. Es la euforia provisional y engañosa de todo despertar de la guerra. Se fabrican automóviles; el avión va a convertirse en el medio de transporte habitual de los grandes hombres de negocios; el ferrocarril y los buques de pasajeros reducen las distancias. Los descubrimientos científicos entran en la vida corriente: las multitudes se agolpan en el cine, empiezan a abandonar el antiguo fonógrafo de trompa por el aparato de radio chirriante, estridente y silbador cuyos auriculares se colocan sobre las orejas. El mundo se ha reducido a las dimensiones del hombre. Un literato llega a escribir de esta bola de 40.000 kilómetros de circunferencia: «Nada como la tierra.» Los futuristas ya habían exaltado ingenuamente este aspecto nuevo del planeta; y algunos, como Apollinaire, habían hallado incluso una singular poesía en las «bellezas» de la guerra.

«Admito que dos por dos cuatro es algo excelente; pero si hay que alabar todo os diré que dos por dos cinco es también encantador.»

Dostoyevski.

Lo que no ha progresado al mismo ritmo es el conocimiento del hombre, que sabe aplicar su razón, sus facultades lógicas, a cambiar el mundo, pero que ha resultado impotente para cambiarse a sí mismo. Sigue siendo el salvaje que usa unos aparatos cuyo funcionamiento conoce sólo aproximadamente. Es más: se convierte en prisionero de las máquinas que fabrica en grandes series. Las adora como a sus ídolos el salvaje; implora de ellas la lluvia y el buen tiempo, les pide que cambien su vida. Y las máquinas no solamente permanecen sordas a sus llamamientos sino que le hacen sentir más duramente su esclavitud. Al final, una pirueta y la caída en una nueva guerra. ¡Menudo resultado! El hombre había construido una hermosa jaula para encarcelar las fuerzas de la naturaleza; y lo consigue, pero sin darse cuenta de que también se encierra a sí mismo en ella. Ya puede gritar, desgañitarse, romperse las manos contra los barrotes: resisten. Son el fruto de un auténtico tra-

bajo de la razón, en verdad perfecto. Y, al mismo tiempo, el mal no está solamente en sus creaciones: también está en él. Ha construido una civilización atroz porque se ha convertido en un monstruo cerebral con las facultades razonadoras hipertrofiadas. La razón, la lógica, las categorías, el tiempo, el espacio, el dos y dos son cuatro han acabado por presentársele como las únicas realidades vivientes, cuando no pasaban de ser unos marcos cómodos, medios prácticos y provisionales para realizar su acción, infinitamente superiores al empirismo primitivo y al misticismo religioso, pero no más que una simple etapa en el camino del pensamiento, que exige ser superada. El viejo Hegel y su dialéctica son los garantes de esta superación necesaria, y no es casualidad que los surrealistas le conviertan en el pilar de su filosofía. Ciertamente, Hegel pertenece también al campo de los «razonadores», de los lógicos, de los fabricantes de sistemas-camisas de fuerza; pero acaso también en este campo algunos hombres, habiendo tomado conciencia del divorcio fundamental entre el hombre y el mundo, van a lanzar el grito de alarma. Y así parece, efectivamente. Las gentes corren a las clases del Collège de France para escuchar a Bergson, que vitupera la razón y proclama la omnipotencia del *élan vital*. Pero, incapaz de definirlo, sólo puede proponer de nuevo la vieja solución fideísta. Einstein es más serio; no siempre se entiende lo que dice en su lenguaje de científico, pero en su discurso surgen aquí y allá iluminaciones singulares, como auroras boreales: «Nos hemos engañado —dice en substancia—; el mundo verdadero no es lo que hemos creído que era; las concepciones mejor fundamentadas sólo valen para nuestro andar cotidiano; más allá son falsas. Es falsa la concepción del espacio que teníamos; falso el tiempo que hemos fabricado. La luz se propaga en línea curva y la masa de los cuerpos es algo verdaderamente elástico.» Los epistemólogos le siguen el compás: se interrogan sobre las condiciones y los límites del conocimiento. Parece que éste es muy distinto de la acción, a la que la ciencia proporciona unas recetas que sólo valen para el primero. Ya no cabe confundirlos: he aquí a los matemáticos, con su geometría que prescinde de Euclides y su famoso postulado. La razón, la razón omnipotente, aparece como acusado; y como acusado mudo: nada puede decir en su defensa. Lo real es algo distinto de lo que vemos, oímos, tocamos, olemos y gustamos. Nos rigen fuerzas desconocidas sobre las que no podemos esperar actuar. Sólo cabe ir a descubrirlas.

El hombre, desgarrado entre su razón agonizante, pero que sigue mostrándose altiva, y un ámbito desconocido en el que presiente al verdadero motor de sus actos, de sus pensamientos, de su vida, y del que tiene una revelación en el sueño al que consagra casi la mitad de su existencia, se atreve a dirigir la mirada hacia el segundo. Conoce extrañas criaturas; se mueve por paisajes nunca vistos; se entrega a acciones exaltantes. Un psiquiatra de Viena, linterna sorda en mano, intenta recorrer el oscuro laberinto. Sus descubrimientos horrorizan tanto que se escandaliza el burgués. Los «médicos» surrealistas siguen las huellas del hombre de Viena. Pero ellos, por el contrario, quedan asombrados, se maravillan, descubren tesoros nuevos. El muro que tan celosa e inexorablemente separaba la vida oculta de la pública, lo

inconsciente de lo consciente, el sueño del «pensar dirigido», lógico, se viene abajo; la torre inclinada de la respetabilidad burguesa se hace añicos. ¿Caminamos hacia la unidad? ¿Podrá reunir Orfeo los pedazos de su cuerpo desgarrado? Ha nacido una esperanza inmensa. Los surrealistas hallan una solución provisional en los descubrimientos de Freud. Está probado ya que el hombre no es solamente un «razonador»; ni siquiera un «razonador sentimental» como lo fueron tantos poetas antes que ellos: es también un durmiente, un durmiente endurecido que cada noche gana en el sueño el tesoro que dilapidará durante el día en moneda menuda. El hombre no era prisionero solamente de la naturaleza y de sus conquistas sobre ella: también era el prisionero de sí mismo; había rodeado su espíritu de vendas que le asfixiaban poco a poco. ¡Fuera los silogismos, los corolarios, las causas y los efectos, las demostraciones matemáticas! ¡Abrid las puertas al sueño! ¡Paso al automatismo! Vamos a ver al hombre tal cual es; seremos hombres enteros, «desencadenados», liberados, atreviéndonos a tomar conciencia de nuestros deseos; y atreviéndonos a realizarlos. ¡Basta de oscuridad! Vamos a habitar todos la «casa de vidrio»; nos veremos tal y como somos, y así podrán vernos los demás.

Pero los surrealistas no son políticos, ni sabios, ni filósofos, y muy escasamente médicos. Son poetas, especialistas del lenguaje, y van a centrarse en él.

Basta de lógica primero. Ha de ser perseguida, golpeada, reducida a la nada. Basta de verbos, sujetos y complementos. Sólo hay palabras, y palabras que pueden significar algo distinto de lo que dicen en realidad.² Con igual título que la ciencia o la filosofía, la poesía es un medio de conocimiento; como la política y la medicina, un medio de acción. El conocimiento prescinde de la razón; la acción la supera. La belleza y el arte han sido conquistas en las que la lógica ha tenido demasiado que ver: hay que convertirlas en ruinas. Es preciso que la poesía sea «alma que le habla al alma», que el sueño sustituya al «pensar dirigido», que las imágenes no sean el fuego fatuo que ronda la superficie de los pensamientos o los sentimientos, sino relámpagos, que iluminen en cualquier momento «las cavernas del ser». Para ello, un único medio: dejar que «el huésped desconocido» se exprese en su profundidad, en su totalidad, automáticamente. Y una sola precaución: abstenerse de intervenir. Los poetas de otros tiempos estaban inspirados de vez en cuando, y de ahí el valor de su producción. El poeta de hoy no sólo está inspirado siempre sino que, en vez de ser objeto de la inspiración, se convierte en sujeto: es «el que inspira». No es sólo «eco sonoro», «vidente»; es a la vez todo esto y más: *mag*. Él es quien cambia la vida y el mundo, quien transforma al hombre. Sabe «mezclar la acción y el sueño», «confundir lo interno y lo externo», «retener la eternidad en el instante», «fundir lo general en lo particular».³ Hace del hombre a imagen suya una unidad indestructible. Hace del hombre y del mundo un único diamante.

Mas no por ello está el poeta por encima de los demás hombres. Marcha entre ellos «a pleno sol».⁴ Todos pueden realizar su milagro. Hay solamente elegidos. «La poesía debe ser hecha por todos, no por uno.»⁵

He aquí una auténtica revolución. Poética en primer lugar, puesto que niega la poesía superándola. La ordenación en forma de poema queda proscrita para dar paso al texto automático, escrito al dictado puro y simple del inconsciente, al relato de sueño. Ninguna preocupación por el arte y la belleza. Esos son fines mezquinos, no merecedores de preocupación. El alma del poeta es lo que es: un magma en el que bullen sensaciones, sentimientos, deseos, aspiraciones que se expresan tumultuosamente, en la incoherencia, en lo gratuito, mediante la palabra o la escritura que constituyen un molde lógico inmemorial que hay que dislocar, romper, disolver en sus elementos simples, los vocablos, los únicos capaces de expresar el trance poético en su integridad. Los poetas surrealistas, por esto que así ha querido llamárseles, asisten maravillados al brotar de una fuente viva imperecedera que se deshíela entre el lodo de las pepitas. Lo que ellos dan ya no puede compararse con lo que se había hecho con anterioridad. A costa de una destrucción radical que se había vuelto necesaria, han alzado valores nuevos en una atmósfera de creación del mundo.

Esta revolución poética ha sido posible gracias a una revolución íntima del hombre y de sus relaciones con el mundo. Veinte siglos de opresión cristiana no han conseguido que el hombre deje de tener deseos y ansie satisfacerlos. El surrealismo proclama la omnipotencia del deseo y la legitimidad de su cumplimiento. El marqués de Sade es la figura central de su panteón. A la objeción de que el hombre vive en sociedad responde el surrealismo con su voluntad de destrucción total de los lazos impuestos por la familia, la moral y la religión. «Se han hecho leyes, morales, estéticas para haceros respetar unas cosas frágiles. Lo frágil hay que romperlo.»⁶ «Nuestros héroes son la parricida Violette Nozière, el criminal anónimo de derecho común, el sacrilego consciente y refinado.» La vieja oposición entre el «burgués» y el «artista» es sustituida por la violenta antinomia del revolucionario y el poseedor, del esclavo y su amo. Habiendo partido de un idealismo bastante místico de la omnipotencia del espíritu sobre la materia, los surrealistas desembocan, teóricamente al menos, en un materialismo de revolución en las cosas mismas. Varios de ellos darán incluso un salto para constituirse en militantes de los partidos políticos revolucionarios. La destrucción de las relaciones tradicionales entre los hombres conduce a la construcción de relaciones nuevas, de un nuevo tipo de hombre.

El movimiento surrealista se mueve en diferentes planos. Casi le faltaron únicamente hombres de ciencia, matemáticos e ingenieros que aplicaran sus métodos en su terreno particular, para tratar de dar, en toda su complejidad, la imagen del hombre del mañana.

1. André Breton, *Qu'est-ce que le surréalisme?* (op. cit.)

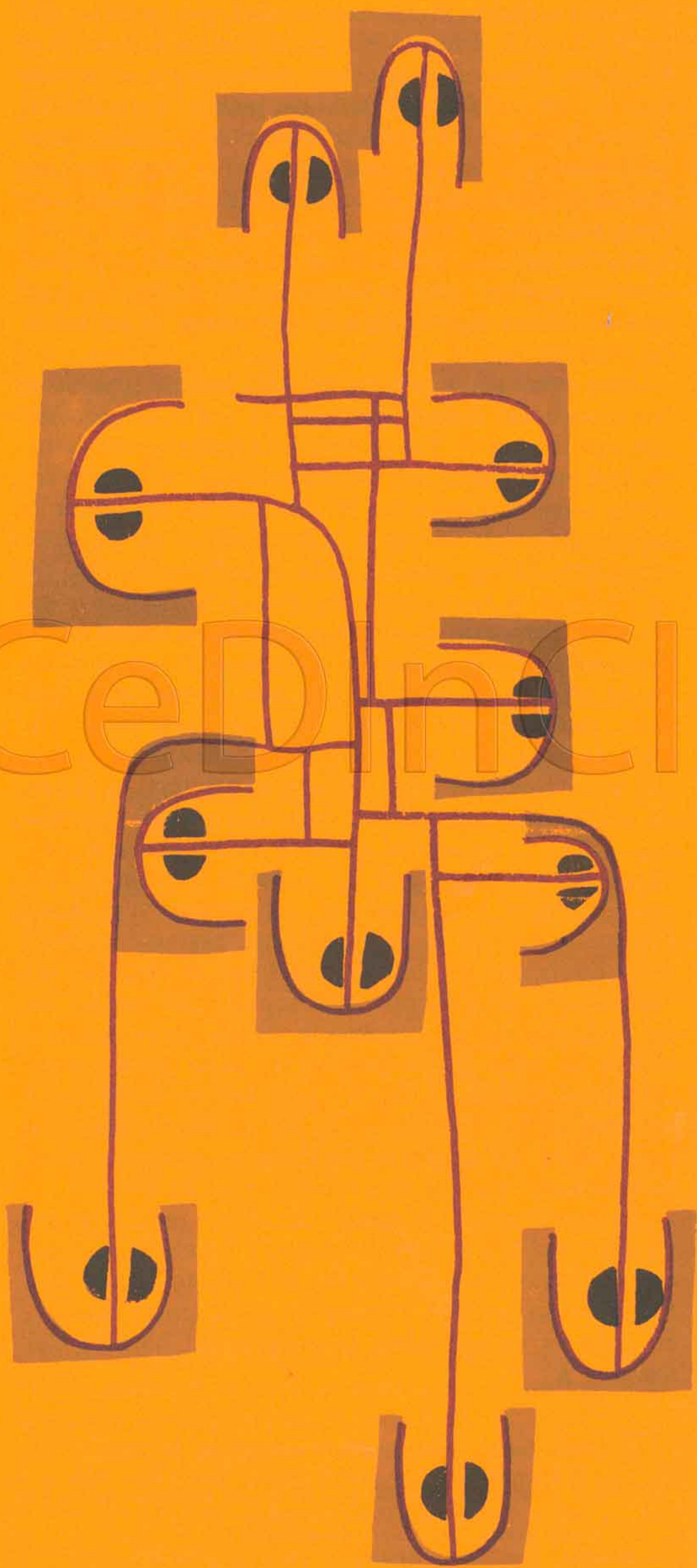
2. «Se puede conocer muy bien la palabra Hola y decir Adiós a la mujer que se vuelve a encontrar tras un año de ausencia» André Breton, «Deux manifestes dada», *Les Pas perdus*.

3. André Breton, *Les Vases communicants*,

4. *Ibid.*

5. Lautréamont.

6. Aragon, *Les Aventures de Télémaque*.



Edda M. Ferreira nació en la ciudad de Montevideo en 1932. Actualmente vive en Estocolmo.